

CUENTOS PROGRAMA CUCURUCÚ

Semana 1

LA GALLINITA DORADA.

Libro Había una vez

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

Hubo una gallinita Dorada que cuidaba mucho de su familia; mientras papá gallo salía a trabajar bien temprano en la mañana. Un día que se encontraba picoteando en el patio de su casa, buscando comida para sus pollitos, se encontró un grano de trigo:

- ¿Quién quiere venir conmigo a sembrar este grano de trigo?

Dijo el pato:

- Yo no iré.

Dijo el pavo:

- Yo me cansaré.

La gallinita Dorada dijo:

- Yo solita lo sembraré.

Cuando el trigo estuvo crecido y maduro, dijo la gallinita Dorada:

- ¿Quién quiere venir conmigo a llevar el trigo al molino?

Dijo el pato:

- Yo no iré.

Dijo el pavo:

- Yo me cansaré.

Y dijo la gallina Dorada:

- Yo solita lo llevaré.

Cuando el trigo estuvo molido y hecho harina, dijo nuevamente la gallinita:

¿Quién quiere venir conmigo para hacer pan de la harina de trigo?

Dijo el pato:

- Yo no iré.

Dijo el pavo:

- Yo me cansaré.
- Yo solita lo amasaré –respondió la gallinita Dorada.

Cuando el pan estuvo cocidito y dorado, que se sentía por todo el campo ese olor tan agradable, preguntó la gallinita Dorada:

- ¿Quién quiere comerse el buen pan de harina de trigo?
- ¡Yo que soy tu amigo! -gritó el pato.
- ¡Yo, que siempre he sido tu amigo! – gritó el pavo saltando.

Ah, pero la gallinita Dorada gritó con fuerza:

-¡No, no y no! –El pan es para mis pollitos, y para mí. ¡Cloclocloclocló! ¡Vengan mis pequeñines! ¡Cloclocloclocló!

Semana 2

LA JICOTEYA ANDARINA

Autora: Teresa Alfonso Vázquez.

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

Cada mañana, a orillas del río, se veía andando y andando a la jicoteíta Andarina. Dichosa, mostraba una enorme flor encima de su cabeza. Era tan pero tan grande la roja flor, que la protegía de los rayos del sol.

- Jau, jau, jau... buenos días – la saludaba siempre el perro Cuco.
- Hola, por la tarde nos veremos – le respondía la jicoteíta, caminando algo apurada.
- Miau, miau, miau... ¿Cómo estás? – le preguntaba la gata Miny.
- Pío, pío, pío... ¿Ya vas para el Círculo Infantil? Veré si hoy te puedo alcanzar – le decía el pollito Amarillo, y daba salticos.

Andarina en su largo andar, saludaba muy alegre a todos sus amigos y amigas; pero nunca se detenía a conversar; pues le preocupaba llegar tarde al lugar donde muchas señas la hacían muy feliz.

Al círculo Infantil de las Flores, Andarina asistía satisfecha., le encantaba aprender nuevas poesías, contar muchos cuentos, y también se divertía muchísimo cuando jugaba con sus amigas y amigos.

Semana 3

MELISSA Y EL PARAGÜITAS

Autora: Pepita Verbistky

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

Melissa es una niña, toda hecha de flores y de mariposas. Las flores le regalaron el color rosado de sus mejillas, y rojo de sus labios. Las mariposas le obsequiaron el color carmelita de sus ojos, y dorado de su pelo.

Una mañana se levantó bien temprano, y al asomarse a la ventana de su cuarto, y ver al sol que brillaba feliz, después de saludarlo, decidió irse a bañar a la playa.

- ¡Qué día más hermoso! – exclamó. Fue hacia el escaparate y sacó un pequeño maletín donde guardó su trusa, la toalla, su peine, un pomo con agua bien fría, la pelota, una palita, entre otros juguetes. Estuvo tanto tiempo seleccionando las cosas que debía llevar, que cuando miró nuevamente hacia el cielo, qué pena: el día se había nublado. Pero Melissa, lejos de molestarse, pensó que debía avisarle a las flores y a las mariposas, sus buenas amigas, que muy pronto vendría la lluvia. Cuando fue a abrir la puerta de su casa sintió una voz que le dijo:

- ¡Melissa! ¡Melissa! ¡Llévame contigo!

La verdad que Melissa se asombró un poco, pues sus padres dormían profundamente, si era domingo. Buscó por todos los lados de la casa, y no había nadie. ¿Quién podría ser? De nuevo hizo el intento de abrir la puerta y la voz fue más clara ahora:

- Melissa, Melissa, llévame contigo. ¿Sabes quién te habla? ¡Soy tu piragüita!

Melissa sonrió. Su paragua era una grata y obligada compañía. Así se podría protegerse de la lluvia, y tapar a sus amigas. Por fin fue al jardín, acompañada de ese buen amigo y acercándosele a las flores les dijo:

- Flores, florecitas, mis lindas amiguitas, ¿quieren que las tape con mi paragüita?

Las flores agradecidas le explicaron que ellas necesitan del sol, del aire y de la lluvia para crecer fuertes y con sus bellos colores.

- Es cierto –dijo Melissa y fue a buscar a las mariposas.

- Mari, maripositas, mis lindas amiguitas, ¿quieren que las tape con mi paragüita?

Las mariposas se mostraron muy alegres ante la preocupación de su amiga Melissa. Les dijeron que ellas siempre se esconden debajo de las hojas y los pétalos de las flores, y así no se mojan.

- ¡Gracias, Melissa! Y volaron hacia las rosas, las orquídeas, las vicarias y los girasoles.

Melissa, satisfecha se dirigió nuevamente a su casa. ¡Ah! Si algún día sales de paseo con tu familia y de momento ves el cielo nublarse. No te preocupes. Melissa gustosamente te prestará, su piragüita.

Semana 4

¡VAYAN A DORMIR!

Autor: Joy Cowley

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

- ¡Vayan a dormir! –dijo papá un poco enojado, porque ya era muy tarde en la noche, y los traviosos niños continuaban jugando.

- ¡Vayan a dormir! – repitió papá y fue a la cocina a fregar la loza sucia.

Los niños jugaban a las casitas:

- Yo soy papá.

- Y yo mamá. Y mi osito es el niño pícaro, que hoy se embarró la camisa con el jugo de mango que le preparó su abuelita.

Los niños jugaban a la pelota:

- ¡Tírame a la pelota Carlota!

- ¡Cómo salta mi pelota! ¡Es alegre y bulliciosa!

Los niños jugaban al chucho escondido. Pero la niña después que lo ocultó, se olvidó dónde estaba y decidieron entonces jugar con las almohadas. Las almohadas rojas y verdes volaban. Luego comenzaron a correr por todo el cuarto, y a esconderse detrás del librero, bajo la silla, junto al...

- ¡Viene papá! –dijeron los niños y se acostaron en sus camitas, cerraron sus ojos, y hasta roncaron.

Papá entró al cuarto, miró a sus hijos y les dio un beso.

-Los niños están durmiendo-dijo papá feliz.

Semana 5

El velocípedo nuevo

Autora: Menchi Núñez Uncal

¡Qué contento estaba José Carlos! Le habían regalado un velocípedo rojo que tenía unas ruedas grandes y fuertes.

Al niño le gustó tanto que se subió en él y luego no quería bajarse.

Al día siguiente cuando se despertó, montó en su velocípedo y fue al encuentro de su mamá.

¿Viste, mami? Ya aprendí a montarlo.

Ya lo veo, aprendiste muy rápido.

Mami, dame un pañito, una tela vieja para limpiarlo -le pidió el niño.

-Pero si el velocípedo no está sucio, José Carlos -le dijo sonriendo la mamá.

-El papá de Ileana limpia la máquina todos los días y yo quiero limpiar mi velocípedo.

-Está bien, te voy a regalar un pañito para que siempre esté limpio y brillante tu velocípedo rojo de ruedas grandes y fuertes.

José Carlos estuvo largo rato dándole brillo al velocípedo y lo dejó reluciente como un espejo.

Esa tarde el niño fue al parque y todos los amiguitos encontraron muy lindo el juguete nuevo, ellos también lo montaron y ¡cómo se divirtieron!

Al día siguiente José Carlos estaba de nuevo limpiando su velocípedo cuando la mamá le dijo:

-¿Me quieres acompañar a la bodega? Después pasaremos por la panadería para que me ayudes a traer el pan.
¿Puedo ir en el velocípedo para dar el paseo?

-Bueno, llévalo si quieres -accedió la mamá.

José Carlos iba pedaleando al lado de su mamá. Llegaron muy rápido a la bodega, hicieron las compras, luego siguieron a la panadería donde compraron el pan.

-Hoy no me puedes llevar el pan como haces todos los días.

-Es verdad, mami. Como voy manejando mi velocípedo...

Y la mamá regresó cargada de paquetes.

Cuando llegaron a la casa José Carlos estaba muy serio y parecía triste. Su papá se acercó a él y le preguntó:

-¿Qué te pasa? Me parece que estás disgustado.

-Es que hoy no ayudé a mi mamá. No le traje al pan.

-¿Por qué? Tú se lo traes todos los días.

-Es que montaba el velocípedo y no podía hacer las dos cosas.

El papá se quedó pensativo un momento y luego exclamó:

-¡Ya sé lo que se puede hacer! Vamos a convertir el velocípedo en un carro de carga.

-¿Cómo es eso? -quiso saber José Carlos.

-Ya verás: tráeme las cuatro ruedas del camión grande que se te rompió y yo buscaré dos listones de madera, una caja y una soga.

El niño regresó poco después con las cuatro ruedas que su papá unió a las maderas, luego lo ajustó bien a la caja y por último amarró la caja con la soga del velocípedo.

-¡Ya está! Ahí tienes el velocípedo convertido en un carro de carga.

-¡Qué bien quedó, papá! -dijo el niño muy contento.

-Como ves, el velocípedo te sirve para dos cosas: para pasear y para ayudar a mamá a traer los mandados.

-Y puedo traerle más cosas -dijo el José Carlos complacido.

-¡Claro que sí! En esa caja caben muchos mandados y así mamá no tiene que venir tan cargada.

Ahora sí que José Carlos se sentía contento: tenía un velocípedo rojo de ruedas grandes y fuertes, que le servía para pasear y para ayudar a su mamá a traer los mandados.

Semana 6

ANITA MÉDICA

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

Anita cuando juega a las casitas, siempre hace de doctora. Sus hermanos, amigas y amigos le llevan sus juguetes.

Doctora, mi muñeca tienes tos –dijo la hermanita.

Anita, mira los ojitos de la muñeca, examina sus pulmones y la garganta, y le explica que su muñeca solo tiene un resfriado, y le receta una limonada con un poco de miel de abejas.

La hermanita se marcha muy contenta. Ahora llega su hermano con un oso en los brazos. Anita observa las patitas, la cara y la barriga.

Este osito está muy saludable, pero lo veo bastante sucio –dijo Anita- Debes bañarlo.

Anita hace de doctora y se marcha a visitar a los enfermos. En el camino se encuentra un caballito de madera que está acostado y se queja.

Caballito, ¿dónde te duele? Y el pequeño caballo mueve la cola y le responde:

Mis amiguitos son muy descuidados. Me rompieron una pata y me abandonaron en el camino.

Anita busca en su maletín. Saca un martillo y clavos, le repara la pata y le dice:

Ya estás curado. Vamos, camina.

El caballito de madera muy contento comienza a correr. En el barrio todos felicitan a la niña y dicen:

Anita, es una buena doctora.

Semana 7

EL LOBO CORNELIO

Autora: Beatriz Doumerc

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

El lobo Cornelio cumple cuatro años.

- Toc, Toc, Toc. Están llamando a la puerta. Son los amigos que vienen a felicitarlo.

- ¡Felicidades, Cornelio!

El toro le trae una pelota de regalo. Cornelio la mira y dice:

-¡Qué bella!

La pata le regala una cesta con flores del campo, que Cornelio huele y dice emocionado:

-¡Qué olorosas!

El loro le obsequia un sombrero de lana. Cornelio lo toca y dice:

-¡Qué suave! Después mira todos los regalos y comenta:

- ¡Oh, oh, oh, qué regalos más bonitos!

Papá y mamá lobos reparten caramelos que Cornelio junto a sus invitados saborean.

Después todos le cantan felicidades y Cornelio, apaga las cuatro velitas que sus padres pusieron en el cake.

- ¡Toc, toc, toc!- Tocan de nuevo a la puerta. ¿Quién será?

- Es el sapo cantor, que después que abraza a su amigo, abre su boca y dice:

- Cornelio, yo te regalo esta canción: croac, croac, croac.

Y todos salen al patio de la casa para jugar y bailar bajo los rayos del sol.

Semana 9

LOS TRES OSITOS

Libro Había una vez

Había una vez una niña que se llamaba Ricitos de oro. Un día, Ricitos de oro salió a pasear por el bosque y se perdió.

De pronto vio una casita; como la puerta estaba abierta entró. Sobre la mesa vio tres platos de sopa. Se acercó y probó la sopa del plato grande.

Estaba muy caliente y no le gustó. Después probó la sopa del plato mediano y estaba muy fría; entonces probó la sopa del plato chiquito, y estaba tan rica, que se la tomó toda.

Después vio las tres sillas. se en la más grande y no le gusto; se sentó en la mediana y no le gustó. Por último, se sentó en la chiquita y ¡tras!, se rompió.

Más tarde, Ricitos de oro vio tres camas. Se acostó en la más grande, pero no le gusto. Se acostó en la mediana y tampoco le gustó; se acostó en la chiquita y estaba tan cómoda y le gustó tanto, que se quedó dormida.

Entonces llegaron los tres osos.

Papá oso dijo:

----Alguien probó mi sopa.

Mamá osa dijo.

---- Alguien probó mi sopa.

Osito dijo:

---- Alguien se tomó mi sopa.

Y Empezaron a buscar por la casa.

Papá Oso dijo:

---- Alguien se sentó en mi silla.

Mamá Osa dijo:

----- Alguien se sentó en mi silla.

Osito dijo:

---- Alguien rompió mi silla.

Siguiendo y siguiendo buscando .

De pronto papá Oso dijo:

---- Alguien se acostó en mi cama.

Mamá Osa dijo:

----- Alguien se acostó en mi cama.

Osito dijo:

----- Alguien duerme en mi cama.

Entonces Ricitos de Oro se despertó; vio a los tres osos y se asustó mucho, salió corriendo, y corrió hasta que llegó a su casa.

Semana 11

MAU, ENAMORADO

Autora: Miriam Brodermann Ortega.

Había una vez un gato muy elegante. Siempre paseaba vestido con saco y corbata, y muy perfumado. Mostraba sus zapatos tan brillosos, que evitaba salir a la calle cuando veía que las nubes grandes, gordas y de color gris; que casi siempre anuncian la lluvia, cubrían el cielo.

Fue feliz hasta el día que se mudó para el barrio un matrimonio con tres hijos, dos perros, un perico y una gatica de lo más presumida.

- Miau, miau, mirri, miau - cantaba sin escuchar a los gatos que la halagaban.

Mau, no se cansaba de contemplar a la graciosa gata de ojos azules y lazo rojo en la cabeza. Se había enamorado perdidamente de ella; pero ella, jamás lo miraba.

El perfumado gato, todas las noches le recitaba hermosas poesías, que él mismo escribía, pero la presumida gatica, continuaba sin hacerle el menor caso. Desde el balcón del quinto piso, del edificio donde vivía, cantaba alegremente:

- Miau, miau, mirri, miau.

Mau, últimamente olvidaba ponerse la corbata y lustrarse los zapatos. Estaba tan triste. Solamente pensaba en la gata de ojos color del cielo.

Una noche se llenó de valor, y en vez de enamorarla desde la calle como siempre hacía, comenzó a treparse de balcón a balcón, hasta llegar a ella. ¿Se imaginan lo que ocurrió? Pues nada más y nada menos, que la linda gatica era de juguete, por eso solo podía decir:

- Miau, miau, mirri, miau.

Semana 14

PECECÍN SALTARÍN

Autora: Pepita Verbistky

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

Había una vez un pececito muy lindo. Su cuerpo era color azul con las escamas tan brillantes que parecían de plata. Sus padres lo querían y cuidaban mucho. Pececín tenía muchos amigos, con los que jugaba y nadaba dentro del agua.

Un día decidieron hacer competencias de natación. Se colocaron todos en una fila y esperaron la orden de salida:

- Uno, dos, y... ¡tres! –dijo papá Pescadón, y dio un fuerte golpe con sus aletas.

Todos los pececitos nadaron rápido, pero... Pececín nadó más rápido que los demás, y por eso fue el ganador.

Pasó el tiempo y aunque los pececitos crecieron, continuaron jugando a las competencias para ver quién nadaba más; pero Pececín en esta ocasión no era siempre el ganador.

- ¿Qué haré para nadar más aprisa, y poder ganarles a todos? – pensó Pececín.

-¡Ya sé! – aprenderé a saltar. Y empezó a dar grandes saltos fuera del agua.

- Ten cuidado –le aconsejaba su mamá - Los peces no podemos vivir fuera del agua.

Y Pececín le contestaba:

- No tengas miedo mamá, daré un gran salto y me zambulliré rápido otra vez.

Así lo hizo muchas veces: nadaba un poco, pegaba un salto fuera del agua y... ¡Pum! se zambullía otra vez.

Cuando los pececitos hicieron otra competencia., Pececín nadó, saltó; nadó y saltó, hasta que ¡ganó! Sus amiguitos le dijeron:

- Pececín, tú saltas muy bonito, por eso ganaste la competencia. Desde ahora te vamos a llamar Pececín Saltarín.

Papá Pescadón se rió mucho de los saltos de su hijo, y orgulloso les dijo a los amiguitos:

- Pececín no sólo salta, también vuela por el aire.

Por eso, cuando vayas a la playa y veas de lejos saltar a varios pececitos, y zambullirse otra vez; ese es Pececín Saltarín, que está enseñando a saltar y a volar a sus amiguitos.

Semana 15

EL GALLO DE BODA.

Libro Había una vez

Pues, señor, este era un gallo que iba muy limpio y elegante a la boda de su tío Perico. Por el camino se encontró un montón de basura y se apartó para no ensuciarse. Pero en medio del basurero vio un grano de maíz. El gallo se detuvo y pensó:

- Si no pico, pierdo el granito, y si pico, me mancho el pico, y no podré ir, a la boda de mi tío perico. ¿Qué hago? ¿Pico o no pico?

Al fin picó, y se ensució el pico. Entonces fue a pedirle a la yerba:

- Yerba, límpiame el pico, que no podré ir a la boda, de mi tío Perico.

Pero la Yerba le dijo:

- No quiero.

Entonces fue a pedirle a la oveja:

- Oveja, cómete la Yerba, que no quiere limpiarme el pico, para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero la oveja dijo:

- No quiero.

Entonces fue a pedirle al perro:

- Perro, muerde a la oveja que no quiere comerse a la Yerba, que no quiere limpiarme el pico, para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el perro le dijo:

- No quiero.

Entonces fue a pedirle al palo:

- Palo, pégale al perro, que no quiere morder a la oveja, que no quiere comerse a la Yerba, que no quiere limpiarme el pico, para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el palo dijo:

-No quiero.

Entonces fue a pedirle al fuego:

- Fuego, quema el palo, que no quiere pegarle al perro, que no quiere morder a la oveja, que no quiere comerse a la Yerba, que no quiere limpiarme el pico, para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el fuego dijo:

- No quiero.

Entonces fue a pedirle al agua:

-Agua, apaga al fuego, que no quiere quemar el palo, que no quiere pegarle al perro, que no quiere morder a la oveja, que no quiere comerse a la Yerba, que no quiere limpiarme el pico, para ir a la boda de mi tío Perico.

Pero el agua dijo:

-No quiero.

Entonces el gallo miró a su amigo el sol:

-Sol, seca el agua, que no quiere apagar el fuego, que no quiere quemar el palo, que no quiere pegarle al perro, que no quiere morder a la oveja, que no quiere comerse a la yerba, que no quiere limpiarme el pico, para ir a la boda de mi tío Perico.

-Ahora mismo.

Entonces el agua dijo:

- No, perdón, que yo apagaré el fuego.

Y el fuego dijo:

- No, perdón, que yo quemaré el palo.

Y el palo dijo:

-- No, perdón, que yo le pegaré al perro.

Y el perro dijo:

- No, perdón, que yo morderé a la oveja.

Y la oveja dijo:

- No, perdón, que yo me comeré a la yerba.

Y la yerba dijo:

- No, perdón, que yo le limpiaré el pico. Y se lo limpió.

Entonces el gallo dio las gracias a su amigo el sol con un largo quiquiriquí. Y echó a correr para llegar a tiempo a la boda de su tío Perico.

Semana 16

EL PAYASITO TRISTE

Autora: Ivón Peralta.

En una juguetería vivía el payasito de óvalos verdes, con su cara manchada y sus ojos tristes. Allí con sus compañeros, la pelota roja, el perro de peluche y la guitarra, se sentaba a llorar muy triste.

- Todos son escogidos por algún niño que se acuerda de este lugar solitario, pero a mí nadie me quiere. Con estos óvalos verdes nunca saldré de aquí. Si al menos tuviera cuadrados o círculos.

En ese momento entró un niño y después que lo observó todo le pidió a su mamá que le comprara la pelota roja. Pobre payasito, quedó aún más desconsolado. El perro de peluche trató de animarlo:

- Payasín, cuando alguien entre a la tienda tienes que poner cara de alegría, porque triste nadie te querrá, y si te lavarás un poco...

Payasín pensó que tal vez tenía razón su amigo y decidió seguir su consejo... desapareció. Al rato, cuando el perro y la guitarra lo vieron se pusieron muy contentos. Payasín se había bañado y tenía su cara muy alegre. Parecía feliz. Solo de mirarlo daba gracia.

- Ahora si vendrá un pequeño o una pequeña que me llevará –decía Payasín con mucha esperanza y alegría.

Al poco rato se sintió la puerta abrir y entró una muchacha que buscaba algo. Cuando vio al payaso lo tomó entre sus manos y lo compró. Él se puso triste, quería ir para la casa de un niño o de una niña. Finalmente llegó a su nuevo hogar. Era un enorme salón con mesas y sillas. Se veía limpio y ordenado. La joven lo colocó encima de una larga mesa, y

Payasín se quedó muy tranquilo, mirando todo lo que lo rodeaba. Observó que había círculos, cuadrados, triángulos, rectángulos, pero no encontró ni un óvalo, entonces preocupado pensó:

- Pronto se darán cuenta de mis figuras ovaladas y me echarán de este lugar.

Las niñas y los niños entraron, reían, conversaban, hasta que divisaron al payasito de óvalos verdes; entonces hicieron un silencio y comenzaron a mirarlo curiosos.

- Buenos días –les dijo la joven que compró el payasito.

- Buenos días, seño – respondieron los niños y fueron a ocupar sus asientos.

La joven cogió el pequeño payaso y les dijo a sus alumnos:

- Es muy lindo. ¿Verdad? Con él aprenderán un nuevo color, ¿y saben que figura alegra su ropa? Y como los niños no sabían la maestra les explicó:

- Son óvalos de color verde.

A partir de entonces, el pequeño payaso fue muy feliz, pues los niños aprendieron mucho con él, y hasta llegaron a convertirse en sus mejores amigas y amigos.

Semana 18

LAS BOTAS DE DON CUADRADO.

Autora: Dora Alonso.

Don Cuadrado era de cara cuadrada, ojos cuadrados, nariz cuadrada y boca revirada. En la cabeza se le veían cuatro pelitos y dos de color de chocolate.

Las piernas de Don Cuadrado parecían zancos. Y sus seis brazos terminaban en otras seis bolitas de chocolate. En los pies llevaba Don Cuadrado unas botas coloradas muy famosas, pues si se las quitaban, caminaban solas.

Iban de aquí para allá como si tal cosa, corrían detrás de la gallinas, subían a los árboles y trepaban las escaleras.

Pero cuando su dueño chiflaba de cierto modo, el par de botas volvía a su lado corriendo.

En una ocasión cansadas de sus andanzas, las botas se fueron a dormir dentro de un cajón, y al poco rato el mismo Mingolo las vio, y sin pedir permiso, se las puso muy contento.

- ¡Qué botas más buenas! –chilló el mono- Ningún otro mono tiene botas como éstas.

Y se fue al zoológico con ellas puestas para saludar a dos tíos suyos que vivían allí. De pronto, se oyó un silbido y las botas echaron a correr arrastrando a Mingolo que chillando no podía explicarse lo que sucedía.

Por el aire iba el mono y las dos botas, sin parar, corre y corre hasta llegar al sitio donde las esperaba Don Cuadrado. Al ver lo que le traían se echó a reír.

Y como era cuadrado, pero no malo, para quitarle el susto al mono Mingolo le dio una de las botas de chocolate, diciéndole:

- Amiguito, para otra vez, pida permiso antes de usar lo que no es tuyo.

Semana 19

UNA GOTICA DE LLUVIA

ADAPTACIÓN: María del Carmen Garcini.

Había una vez un viejo campesino que tenía sembradas muchos vegetales para alimentar a su familia. También había cultivado algunas plantas medicinales que curaban diferentes enfermedades; y otras ornamentales para embellecer los alrededores de su humilde casita. Todos los días araba la tierra y quitaba las hierbas malas, pero veía con angustia que no llovía, y de esa manera. ¿Cómo podría crecer su sembrado? Ya a punto de florecer las matas, vio que se marchitaban y se doblaban en dos.

- Ni una nube siquiera –exclamaba mirando el cielo- ¡Qué sequía!

Y así, todas las mañanas, el campesino salía a contemplar su sembrado.

Un día dos pequeñas gotas de lluvia vieron al anciano lamentarse:

- Pobre hombre –dijo una a la otra- con el trabajo que le costó sembrar su campo, y ahora se le está secando. ¡Ojalá pudiera ayudarlo!

- ¡Tú! –rió la otra- ¡No alcanzarías ni para regar una mata!

- Ya lo sé-contestó la primera- Pero podría alegrar un poco al campesino. Es más, que ahora mismo lo voy hacer. ¡Allá vo-o-y!

Y se tiró de cabeza abajo. Su compañera fue detrás:

- ¡Espérame, que también vo-o-y!

Las dos goticas cayeron justamente sobre la nariz del campesino.

-¡Viva! –gritó éste- ¡Una gota de lluvia! ¿Eh? ¡Otra! Levantó la vista y le pareció ver que una nube gris se estaba formando delante del sol.

- Si no me equivoco –dijo- hoy cae un aguacero.

Mientras tanto, arriba en el cielo, muchas goticas de agua se habían reunido, formando la nube que veía el campesino. Todas querían saber qué había sucedido allá abajo. Y cuando una de ellas vio a las dos goticas cayendo para ayudar al campesino, exclamó:

- Si esas dos lo hicieron, ¡yo no me quedo atrás!...

- ¡Ni yo!

- ¡Ni yo!

- ¡Ni yo!

Así dijeron todas, hasta que el campesino contempló con tremenda gozo un gran aguacero, que regó todo el campo. ¿Sabes qué ocurrió a los pocos días? Todo el sembrado floreció, y el anciano pudo alimentar a su familia, curar a los enfermos, y disfrutar de las plantas que adornaban los alrededores de su casa. Y toda esta alegría, gracias a una pequeña gota de lluvia que se propuso ayudar al campesino.

Semana 22

EL FERROCARRIL DE RIGOBERTO.

Autora: Beatriz Doumerc.

ADAPTACIÓN: Miriam Brodermann Ortega.

El perro Rigoberto conduce una locomotora. Lleva una gorra y toca un silbato que hace prrrriiii!

La locomotora arrastra tres vagones de tres colores. En el vagón rojo viajan la rana, el burro y la zorra; en el verde una familia de ratones; y en el vagón color amarillo, tres loros, y una mariposa.

- El viaje será largo, muy largo –comenta Rigoberto y hace sonar su silbato: prrrriiii! En el vagón amarillo, ¿ustedes creen que van sentados los loros y las mariposas? Pues no. ¡Revolotean por todos los lados!

La locomotora con sus pasajeros corre muy rápido por las vías, y al pasar por un prado lo saluda Cararroja y el torito blanco. La locomotora atraviesa los campos y de repente, llega a una enorme loma. Qué difícil le será subir y bajarla. Arriba, abajo, corre el tren...

- ¡Qué enorme montaña! – grita el perro Rigoberto y suena su silbato: prrrriiii! Y todos los pasajeros ríen contentos. En la locomotora de Rigoberto puede subir quien quiera. No hay que pagar billete.... ¡pero hay que agarrarse muy fuerte!

Semana 23

EL SEÑOR NADIE

ADAPTACIÓN: THE CHILDREN'S BED-TIME BOOK.

- ¿Quién rompió el jarrón de la sala? –preguntó la mamá.

Margarita que estaba jugando con sus muñecas, levantó la cabeza y dijo:

- Nadie, mamita, nadie.

La mamá la miró muy seria y le dijo:

- Los jarrones no se rompen solos. Y tú eres la única persona que se encuentra en la sala.

Si a Margarita se le olvidaba poner en su lugar los juguetes, y los dejaba triados por toda la casa, cuando su abuela le preguntaba:

- ¿Quién regó los juguetes? La niña le respondía:

- Nadie abuela, nadie.

Y así ocurría cada vez que le hacían una pregunta. Nadie dejaba los libros fuera del librero; nadie se tomaba el yogurt de la merienda después del almuerzo; nadie enfangaba la entrada de la casa, después que mamá la había limpiado; y nadie, nadie siempre era el causante de todo lo que ocurría en la casa de Margarita.

Una noche, Margarita sintió unos pasos en su cuarto, prendió la luz y vio a un duende que se acercaba a su cama. Se sentó a su lado y le dijo:

- Oye –le dijo muy bravo- no me hace ninguna gracia que me eches la culpa de lo que yo no hago.

Margarita se quedó sorprendida.

- ¿De qué te he echado a ti la culpa?

- De todo lo que ocurre en esta casa. Yo no rompí el jarrón, tampoco dejo los juguetes regados, ni mucho menos enfangó la casa, pues me limpio muy bien los zapatos antes de entrar.

- Pero yo no dije que tú fueras. Nadie tuvo la culpa.

- Ves, ahí vuelves otra vez –gritó el duendecito- ¡No fui yo! Mi nombre es Nadie, y claro, que como soy Nadie, todos se creen con derecho a echarme la culpa de todo. Y eso no es justo, no señor.

- Lo siento mucho –dijo Margarita, medio asustada al ver al duende tan bravo – Verás, nadie... quiero decir... el jarrón se rompió solo, y los juguetes...

El duende la interrumpió aún más enfadado:

- Un jarrón no se rompe solo, a no ser que alguien lo empuje.

-Es verdad, tienes razón –dijo Margarita apenada- Yo fui a cogerlo y...

- Está bien- la interrumpió nuevamente Nadie- Fue un accidente, pero que tú fuiste la causante. ¿Verdad?

Margarita le dijo que si con la cabeza.

- Bueno, por esta vez lo olvidaré –dijo el duende- pero no me vuelvas a acusar, ¿eh?

Y dando grandes saltos, el duendecito desapareció tan rápidamente como había aparecido.

En ese momento la mamá entró al cuarto y la niña la abrazó diciéndole:

- Sabes, mamita, el jarrón no lo rompió Nadie, fui yo sin darme cuenta, así también sucedió cuando enfangué la casa y dejé mis juguetes...

La mamá sonriente le dijo a su niña:

-¡Qué contenta estoy de que mi niña haya dicho la verdad! – Así no tenemos que echarle la culpa al señor Nadie.

- ¿Tú también lo conoces? –preguntó asombrada Margarita.

- Si, mi querer. Todos conocemos a Nadie, pero son muchas pocas las personas que le echan la culpa de las cosas feas que ocurren en los hogares.

Y así fue que desde ese día el señor Nadie no volvió más a casa de Margarita, porque ella siempre decía la verdad.

Semana 24

JUANITO ESPÉRATE UN MOMENTO

ADAPTACIÓN: THE CHILDREN'S BED-TIME BOOK.

Todos le decían “Juanito Espérate un Momento”, porque a cualquier cosa que se le pidiera, contestaba siempre. “espérate un momento”.

Si la abuela le pedía que le hiciera el favor de alcanzarle los espejuelos, entonces le respondía:

- Abuelita, espérate un momento. Y ese momento se alargaba tanto, que cuando se acordaba, ya su abuela tenía puesto los espejuelos. Así ocurría con todo.

Cierta vez Juanito recibió una invitación de su tío para irse a pasar unos días a la granja.

- ¡Qué divertido mamá! –Gritó feliz Juanito- Podré montar a caballo, coger mangos, bañarme en el río...

Juanito soñaba con disfrutar esos días de vacaciones. La noche anterior le dijo su mamá:

- Juanito, te despertaré a las seis de la mañana. El tren sale muy temprano.

- Si, mamá. No podemos llegar tarde.

A la mañana siguiente, Juanito escuchó que su mamá le decía:

- Es hora de levantarse, Juanito.

Juanito estaba todavía medio dormido, ya no se acordaba ni de la granja ni del tren que salía temprano, por eso contestó:

- Espérate un momento, ahorita voy.

Y se volvió del otro lado de la cama para dormir un rato más. Cuando finalmente se levantó, tuvo que hacerlo todo tan rápido que no tuvo tiempo ni para desayunar. Ya en el tren comentaba con su mamá los días tan felices que pasaría en casa de su tío y sus abuelos. Unas horas de viaje, y por fin llegaron al lugar tan deseado por Juanito.

Esa tarde, caminó por toda la granja, descubriendo cada lugar, y conociendo animales que nunca había visto. Asombrado comentaba a todos:

- ¡Cuántos lugares lindos hay en mi patria!

Cuando llegó la hora del almuerzo, el niño fue a la cocina y le dijo a su abuela:

- Abuelita, ¡qué olor más sabroso! ¿Ya vamos a almorzar? ¡Tengo mucha hambre!

- Espérate un momento –le respondió la abuela, y se puso a fregar.

Y aunque Juanito tenía muchísima hambre, continuó visitando la granja.

- ¡Qué caballo más lindo, tío! Déjame montarlo.

-Espérate un momento –le contestó el tío.

Pero antes de que el niño pudiera montarlo, se habían llevado el caballo.

Juanito, bastante triste, salió a dar una vuelta por el patio y se encontró con un árbol lleno de mangos. Tenía tantos deseos de probar las frutas maduras, que aunque sabía que no debía treparse al árbol lo hizo sin pensarlo dos veces. De pronto, le resbaló el pie, y al punto de caerse gritó:

- ¡Tío, me caigo!

-Espérate un momento –le contestó el tío, que estaba muy ocupado sacando boniato de la tierra.

- ¡Tío, me caigo! ¡Pum! Juanito se cayó, pero de la cama porque estaba soñando.

Esa mañana, Juanito se vistió lo más rápido posible, y le contó su mamá, que desde ese día, jamás contestó: “espérate un momento”, para alegría de sus familiares y amigos.

Semana 25

EL CHUPETE DEL PERRITO

Autora: Menchi Núñez Uncal

Frank iría con su mamá a casa de sus abuelos donde conocería los perritos que había tenido Yima, la perra de su abuelo que era grande, grande.

A la hora de salir, el niño pidió el chupete y la mamá le dijo:

-¿Hasta cuándo vas a chupar chupete? Se ve muy feo un niño grande con un chupete.

-Dámelo, mami. Yo lo quiero -pidió Frank lloriqueando.

-Frank, el chupete lo usan algunos niños cuando son muy chiquitos, y desde hace tiempo tú debías haberlo dejado.

-Mi chupete, dame el chupete, quiero mi chupete.

Y como la mamá estaba apurada y se le hacía tarde, le dio el chupete para que se tranquilizara y no llorara más.

Iban caminando para la casa de los abuelos que vivían a pocas cuadras de la casa y, cuando atravesaron un parque, encontraron varios niños jugando.

Los muchachos, al ver al niño dijeron:

-¡Tan grande y chupa chupete!

Frank se lo quitó de la boca y lo escondió enseguida, pero los niños le decían:

-Oye, ¿por qué tú chupas chupete?

-El chupete se lo dan a los niños chiquitos que no saben caminar ni hablar para que no lloren, pero ya tú caminas y hablas hace rato.

-Tú no eres un bebé, bota ese chupete.

Frank, avergonzado, le dijo bajito a su mamá:

-Apúrate mami, camina rápido.

Cuando llegaron a la casa de los abuelos, Frank corrió hasta la casita de Yima donde ella estaba con sus perritos. ¡Cómo había! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ¡ocho! Casi todos se encontraban dormidos, menos uno que lloraba y lloraba.

-¿Qué le pasa que está llorando, abuela? -preguntó el niño intrigado.

-No sé, puede ser que tenga hambre y como son tantos no pudo llenarse bien la barriguita.

-¡Ya sé! Le voy a dar mi chupete para que no llore.

Frank sacó el chupete del bolsillo donde lo había escondido y se lo dio al perrito que rápidamente dejó de llorar.

Qué contenta se puso Yima cuando vio que ya su cachorro no lloraba, se había quedado muy tranquilo chupa que te chupa el chupete que le ofreció Frank.

A la hora de irse, Frank anunció:

-Le regalé mi chupete a los perritos. Ya yo soy grande.

Todos se alegraron mucho con aquella noticia y Yima que también la oyó ladró alegremente dándole las gracias.

Cuando caminaban de regreso a la casa y pasaron por el parque, una niña exclamó:

-Miren, ahí viene el niño que chupa chupete.

Frank se acercó dónde ellos estaban y les dijo:

-¡Yo no chupo chupete! Ese chupete era para los perritos de Yima.

Entonces la mamá intervino y les explicó:

-Si quieren ver a un perrito chupando chupete vayan a aquella casa azul para que vean qué gracioso luce. Ya este niño es grande y él no quiere chupete. ¿No es verdad, Frank?

-¡Claro! Yo se lo regalé a los perritos de Yima.

Los niños corrieron a la casa azul para ver al perrito chupando chupete, y Frank nunca más volvió a pedir un chupete.

Semana 26

El lagarto Celestino

El lagarto Celestino es peluquero. Su peluquería se llama “La luna”. Todos los animales del barrio la conocen.

Al salir el sol, Celestino se levanta y abre la peluquería. A la paloma Melissa le peina las alas; al loro le corta algunas plumas; a la mula le lava la cabeza con agua caliente; y a la liebre, le llena de cintas la cola.

Celestino canta alegre: lalalá, lalalá, lalalá.

De pronto se oye un largo rugido, la puerta se abre... ¡y aparece el león Leopoldo! Tiene la melena larga y sucia.

- ¡Un león de la selva! –gritan los animales asustados.

El loro y la paloma salen volando; la liebre huye saltando y la mula corriendo. Al lagarto Celestino le tiembla la cola. El león Leopoldo muy serio le dice:

- Yo solo quiero que me cortes y laves la melena.

-¡Qué alivio!- dijo Celestino.

En la peluquería La luna”, todos vuelven a estar tranquilos. No existe ningún peligro. El lagarto Celestino le lava la melena al león Leopoldo, mientras canta feliz: lalalá, lalalá, lalalá.

Semana 27

LAS DOS COLAS DE YO-YO

ADAPTACIÓN: THE CHILDREN’S BEDTIME BOOK.

Hace muchos años, cuando los elefantes no tenían una larga nariz, existió un elefantito muy lindo, con nariz pequeña y redonda que lo llamaban YO-YO, porque se creía el mejor y el más importante de todos los animales.

-La verdad es que yo soy muy lindo –gritaba para que todos los animales lo escucharan. Luego se miraba en el lago y decía: - Mi nariz es pequeña y bella.

Cuando jugaba con los conejos, se negaba a prestarle sus juguetes. Después se marchaba gritándoles:

-¡Yo soy muy importante! No huyo ni me asusto como hacen ustedes cuando ven a otros animales.

En muchas ocasiones se les escuchaba decir:

- Quítense rápido, yo soy fuerte y hermoso. ¡Los voy aplastar!

Le encantaba pasearse por la selva, dando grandes latigazos con su cola a los árboles, estropeando sus troncos, y asustando a los animales que estuvieran durmiendo en ellos.

Sucedió que en uno de esos árboles vivía Don Mono, que ya estaba requete cansado de oír y soportar a YO-YO.

- Uno de estos días –le decía- te voy a enseñar una lección que no se te va a olvidar en tu vida.

-¡Bah! –Exclamaba el elefantito YO-YO. ¡Ni que tú pudieras enseñarme algo, infeliz come-plátanos! ¡Con esa nariz tan fea que tienes! Yo si la tengo preciosa.

Y meneando la cola se alejaba dejando a Don Mono con la palabra en la boca.

Una mañana Don Mono sintió ruido en el árbol donde dormía. Se levantó, y qué sorpresa se dio al ver al elefantito YO-YO, comiéndose unos cocos que tenía guardado para el almuerzo. Esto si que era demasiado para él, por eso enfurecido agarró a YO-YO por la nariz, y empezó a tirar y a tirar de ella.

-¡Oye! –Gritó YO-YO- ¡Que me dejas sin nariz!

- Lo sé- contestó Don Mono. –Como tú me dejaste sin cocos.

Así continuó Don Mono, halando y halando de la nariz de YO-YO, hasta que toda la selva salió a ver qué sucedía. Por fin, el viejo oso, los separó.

-YO-YO, tenía que terminar mal –comentaron los animales.

- Es un elefantito mal educado. Nunca nos prestó sus juguetes, y además nos insultaba sin hacerle nada –comentaban los conejos.

Y YO-YO, lloroso se fue hasta el estanque para observarse su adolorida nariz. ¿Y saben ustedes lo que vio? Pues que la nariz no era ya pequeña ni redonda, sino que se le había convertido en una segunda cola, tan larga como la primera.

Y aunque el elefantito dejó de ser abusador y comenzó a prestar sus juguetes y a compartir sus alimentos, me han contado que cada vez que nace un elefante, tiene la nariz como YO-YO.

Semana 28

EL JUEGO DEL SEMÁFORO

Autora: Menchi Núñez Uncal.

En la fiesta de cumpleaños de Sofía había muchos globos adornando el jardín. Al final de la fiesta, la mamá de Sofía exclamó:

-Vengan niños, les voy a regalar los globos.

Los niños corrieron a buscarlos y poco después jugaban con los globos rojos, verdes y amarillos.

A Darío, un niño amiguito de Sofía, se le ocurrió una idea:

-¡Vamos a jugar un juego nuevo!

-¿Cómo es ese juego? -quiso saber Carla.

-Como los globos son rojos, verdes y amarillos, podemos jugar al semáforo. Esos son los colores del semáforo -les explicó Darío.

-¿Cómo jugamos al semáforo? -preguntó Sofía.

Darío les explicó:

-Se me ocurre que los niños y las niñas pueden ser las máquinas, las guaguas, los camiones, las motos, las bicicletas; otros, las personas que caminan por la acera y cruzan la calle.

-¿Y el semáforo? ¿Quién es el semáforo?

-Yo inventé el juego, y seré el semáforo -afirmó Darío.

-Yo también quiero ser el semáforo -pidió Alexandro.

-Bueno, los dos podemos ser el semáforo. ¡Empiezo yo!

Entre todos organizaron el juego. La calle, la acera y como el semáforo está alto para que pueda verse bien, buscaron una silla donde se subiría el niño que se convertiría en el semáforo. Él tendría tres globos: el rojo, el verde y el amarillo.

Darío, que ya estaba subido en la silla, anunció:

-Cuando yo enseñe el globo rojo se para el tráfico y cruzan la calle los transeúntes. Cuando les enseñe el verde, sólo caminan las niñas y los niños, que hacen de máquinas, guaguas y bicicletas, y se quedarán en la acera las personas. ¿Entendieron?

Todos dijeron que sí pero Sofía preguntó:

-¿Qué hacemos cuando veamos el globo amarillo?

-Entonces se preparan porque el color amarillo quiere decir que va a cambiar la luz, que voy a mostrarles otro globo.

-Ya sabemos cómo es el juego del semáforo. ¡Vamos a jugar! -gritó Carla. Empezaron a jugar... ¡y cómo se divertían! Orientados por los colores del semáforo cruzaban la calle, se detenían, o se apuraban si veían el color amarillo. El tráfico corría con el globo verde y las niñas y los niños cruzaban la calle con el globo rojo.

¿Y saben qué pasó? De repente, ¡pum! ¡Explotó el globo rojo! Y como el semáforo tiene tres colores y sólo quedaban dos, no pudieron seguir jugando aquel juego tan divertido que inventó Darío en la fiesta de cumpleaños de Sofía.

Semana 30

HAN ROBADO EL SOL.

ADAPTACIÓN: Wichi Guerra

Cuentan que un día el sol decidió pasear entre las nubes del cielo. Pero, detrás de una muy grande y oscura había alguien esperándolo...

-¡Ahhh, cómo he dormido! -dijo la osa mientras abría la ventana de su casa- Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Es de noche todavía? ¿Se habrá quedado dormido el sol?

La osa intrigada por lo ocurrido, comenzó a preguntarles a todos los animales que se encontraba en el camino:

- Amiga cotorra, ¿usted ha visto el sol? ¿Sabe a dónde ha ido? Pero siempre tenía la misma respuesta: no sabían dónde estaba el sol.

Por fin el pájaro carpintero anunció que se lo había tragado el cocodrilo.

La mamá liebre comenzó a llorar porque sus pequeños habían salido a pasear por el prado. El gorrión también se quejaba porque en la oscuridad no podía ver los granitos y tenía mucha hambre.

- Tendré que ir a rescatar al sol, pero soy tan débil, que el cocodrilo me tragaría en nada – dijo muy triste la liebre.

- Si no tuviera tanto miedo al cocodrilo yo iría –dijo el conejo tembloroso.

En eso llegó el oso, que también se encontraba muy asustado porque sus nietecitos se habían perdido por la oscuridad. Al enterarse de lo que estaba ocurriendo, decidió ir a rescatar al sol.

- ¡Voy a libertar al sol, y a ese cocodrilo tan bandido lo molere a palos!

Fue hasta Río Grande, donde se encontraba el cocodrilo con el sol atrapado entre sus afilados colmillos. El oso se acercó despacio y cuando estuvo bien cerca de él, le gritó:

- ¡Oye tú, suelta ahora mismo al sol!

- ¿Yo? ¿Quién te has creído que eres? –dijo el cocodrilo y empezó a reírse sin parar.

- Jajaja, jojojo, jiiiiiiiiiiiiiiii, juuuuuuuuuuuuuuuuu.

Y fue tanta la risa, que el sol pudo escaparse rápidamente.

-¡Ya brilla de nuevo el sol! –dijeron todos los animalitos alegres.

-¡Encontré a mis liebrechitas! –dijo mamá liebre.

Y así fueron apareciendo los animales más pequeños, entre ellos los nietos del valiente abuelo oso.

A partir de entonces, el sol brilla más alegre que nunca en lo más alto del cielo, por si algún día al cocodrilo se le ocurre la fea idea de atraparlo de nuevo.

Semana 31

CARLITOS Y EL CÍRCULO INFANTIL

Autora: Menchi Núñez Uncal.

¿Saben qué le pasaba a Carlitos? ¡No quería ir al Círculo! Por las mañanas cuando su mamá o su papá lo llevaban, se ponía de lo más majadero y se quedaba llorando. Se lo habían explicado muchas veces pero él no quería entender que mientras los papás trabajan los niños van al Círculo o a la escuela.

En esos días vino de visita la abuela de Carlitos y el niño se puso muy contento porque ahora tenía con quién quedarse en la casa.

El primer día le pidió permiso a su abuela para ir a jugar con Fabián, pero tocó y tocó a la puerta y no le abrieron porque no había nadie. Entonces se acordó que su amiguito estaba en el Círculo.

Fue a casa del niño que vivía al lado, pero el abuelo le dijo que estaba en la escuela. Carlitos regresó a su casa solo, no tenía ningún amiguito que jugara con él.

Al día siguiente tampoco fue al Círculo, se quedó en la casa con la abuela pero estaba un poco aburrido porque su abuela no quiso jugar a la pelota, tampoco le gustaban las maquinitas ni los camiones ¡y no se sabía ni una sola canción!

Esa tarde, cuando Carlitos estaba en el portal, llegó Fabián del Círculo y le contó:

-Carlitos, lo que te perdiste. Hoy jugamos con plastilina y ¡cómo hicimos cosas! Martica hizo una ballena, Iván un tren, yo una serpiente grandísima con ojos y todo. La maestra hizo una exposición con todos los trabajos, ya los verás.

- ¡Con lo que a mi me gusta la plastilina! -exclamó Carlitos molesto.

-Mañana vamos a colorear una flor para el Día de las Madres. ¿Y tú qué hiciste hoy?

- Jugué solo en mi casa.

- ¡Qué aburrido es jugar solo! A mí me gusta más jugar con otros niños.

-A mí también -respondió Carlitos.

-Entonces, ¿por qué no vas al Círculo?

-Es que yo...

Fabián no lo dejó seguir hablando. Lo interrumpió para decir.

-Oye, no dejes de ir mañana que hay que colorear la flor y nos van a enseñar una canción nueva.

Carlitos se dio cuenta de que su amiguito tenía razón. En la casa estaba solo y se aburría mientras en el Círculo compartía con otros niños y se divertía mucho más.

Carlitos fue al día siguiente y, ¡qué linda le quedó la flor para su mamá! Desde entonces, va todos los días, juega con sus amigos, canta canciones, aprende poesías y cuando lo van a recoger siempre tiene algo nuevo que contarle a su mamá y a su papá.

Semana 32

DE ORUGAS A MARIPOSAS

Autora: Menchi Núñez Uncal

Había una vez dos orugas que eran muy amigas. Las dos compartían una hoja de ciruela, que comían sin parar.

Cierto día se acercó un niño y gritó:

-¡Mira mamá, encontré dos gusanos muy feos!

La mamá se acercó y al ver las orugas le explicó:

-No son gusanos cualesquiera, son orugas y se convertirán en lindas mariposas.

-¡No lo puedo creer! Dices que esos bichos se convierten en mariposas
-exclamó el niño sorprendido.

-Así es. Los guajacanes se convierten en ranas y las orugas en mariposas.

Las orugas, que lo habían oído todo estaban sorprendidas.

-¿Será verdad que nos volvamos mariposas? -preguntó una.

-Esa señora debe estar confundida. Nosotros no volamos como las mariposas y no tenemos lindos colores -afirmó la otra.

Fue entonces cuando se acercó una mariposa y les dijo:

-Yo también fui una oruga como ustedes y hoy, como ven soy una mariposa.

-Entonces. ¿lo que dijo la mamá del niño es verdad?

-Sí, ustedes sigan alimentándose y esperen.

Pasaron los días y ocurrió lo que dijo la señora y afirmó la mariposa. ¡Ahora eran dos lindas mariposas revoloteando en el jardín!

Una tarde, el niño jugaba con su pelota y ésta cayó próxima a la hoja donde el pequeño había descubierto las orugas. El niño recordó las orugas y corrió a verlas, pero las orugas no estaban.

-Mamá, ¡las orugas no están! ¡No las veo por ninguna parte! -afirmó el pequeño.

Después sintió revolotear junto a él dos lindas mariposas y recordó lo que le había dicho su mamá. ¡Las orugas se habían convertido en lindas mariposas de bellos colores!

Entonces, recogió su pelota y corrió a contarle a su mamá, lo que yo acabo de contarles a ustedes.

Semana 34

EL GALLITO DESPERTADOR

Autora: Menchi Núñez Uncal

Oscar Luis había ido a la finca de sus tíos por primera vez. ¡Qué contento estaba! Allí había gallinas, pollitos, patos, muchos cochinitos y hasta un caballo.

Desde que llegó no había parado ni un segundo. Corría de aquí para allá y de allá para acá viéndolo todo y cuando su tío terminó de trabajar, le dio un paseo por la finca ¡a caballo!

Esa noche cuando Oscar Luis se acostó a dormir estaba tan cansado que cerró los ojos y enseguida empezó a soñar.

Estaba profundamente dormido cuando lo despertó un gallo:

-¡Ki-ki-ri-kí!

-El niño se asustó, el gallo cantó tan alto que parecía que estaba en el cuarto. Iba a empezar a llorar cuando oyó una vocecita que le decía:

-¿Te despertó el gallito Quiquiriquí?, pero fue sin querer.

-¿Quién habla? -preguntó el niño.

-Soy un cocuyo. Y tú, ¿cómo te llamas?

-Me llamo Oscar Luis.

-Oscar Luis, voy a encender mi lucecita para que me veas.

De pronto se vieron las dos lucecitas verdes del cocuyo y el niño exclamó asombrado:

-Amigo cocuyo, ¡qué lucecitas tan lindas tienes!

El gallo Quiquiriquí cantó otra vez cuando ya el sol empezaba a asomarse poco a poco por detrás de una loma y el niño preguntó:

-¿Por qué el gallo canta tan alto?

-Para avisar que el sol se está levantando. ¿No lo ves?

-Sí, lo veo -respondió Oscar Luis.

-Pronto será de día y entonces unos animales nos vamos a dormir y otros se levantan.

-¿Y el gallo Quiquiriquí les avisa? -preguntó el niño intrigado.

-Sí, él es el despertador en el campo -respondió el cocuyo.

-En mi casa el despertador es un reloj que hace ¡riiiiiin!

- Y el gallito Quiquiriquí es el despertador de todos los que vivimos aquí.

-Entonces, en el campo el gallo es muy importante -afirmó Oscar Luis.

-Sí, él nunca se queda dormido y por eso todos llegan temprano a su trabajo -le explicó el cocuyo.

El cocuyo apagó su luz y el niño sorprendido le dijo:

-¡Se te apagó la luz!

-No, yo la apago porque es de día y ya no hace falta-Otra vez cantó el gallito Quiquiriquí.

-Oscar Luis, me voy ya.

-¿Por qué te vas, amigo cocuyo?

-Porque el gallito Quiquiriquí me avisa de que ya debo irme.

-¿Vas a venir mañana?

-Sí, vendré a verte, amiguito.

Y por la noche, cuando Oscar Luis se fue a acostar a dormir, el cocuyo entró por la ventana con la luz encendida y el niño le dijo:

-¡Te estaba esperando!

-Yo te dije que vendría y aquí estoy.

El niño le contó a su amigo lo que había hecho ese día, y después se quedó dormido. Y esa noche, cuando el gallito Quiquiriquí cantó, él no se asustó, porque ya el cocuyo le había contado que el gallo Quiquiriquí con su canto, era el despertador del campo.

Semana 35

LOS TRES CERDITOS

Libro Había una vez

Había una vez tres cerditos que Vivian contentos en el bosque.

El más pequeño se construyó una casita de paja.

El otro se construyó una casita con hojas y ramas.

El mayor se construyó una casita con piedras y ladrillos.

Un día llegó el lobo a la casita de paja y llamó a la puerta:

----Cerdito bonito, ábreme y déjame entrar.

---- no quiero, lobo feroz, que me vas a matar.

Entonces el lobo se subió al techo de la casita y empezó a dar saltos hasta que la hundió.

El cerdito salió corriendo y se metió con su compañero en la casita de hojas y ramas.

Poco después llegó el lobo a la puerta:

---- Amigos cerditos, ábranme y déjenme entrar.

---- No queremos, lobo feroz, que nos va a matar.

El lobo se subió al techo y empezó a dar saltos hasta que se hundió la casita.

Los dos cerditos salieron corriendo y se metieron con su otro compañero en la casita de piedras y ladrillos.

Poco después llegó el lobo y llamó a la puerta:

--- Amigos cerditos, ábranme y déjenme entrar.

---- No queremos, lobo feroz, que nos vas a matar.

El lobo se subió al tejado y empezó a dar saltos, pero la casita era muy fuerte y no se hundió.

El lobo bajo del tejado y llamó al cerdito mayor por la cerradura de la puerta:

--- Oye, cerca del río hay un gran campo de remolachas. Si quieres, iremos juntos mañana temprano y traeremos comida.

---- Bueno --- dijo el cerdito --- ¿ a qué hora?

---- a las seis,

El cerdito fue a las cinco y recogió la remolacha, cuando vino el lobo a buscarlo, le dijo por la cerradura:

---- Ya sé que me querías engañar, por eso he ido antes que tú.

El lobo se puso furioso, pero probó otra vez...

---- Mira, en el huerto de arriba hay hermosas manzanas maduras, si quieres, iremos a recogerlas mañana a las cinco.

El cerdito se levantó a las cuatro y se fue a recoger manzanas antes que el lobo.

Cuando recogía las manzanas, subido en el árbol, vio al lobo.

El lobo se plantó debajo del manzano y dijo.

--- Ya te tengo. ¿Cómo están las manzanas?

--- están bien maduras y dulces. Toma, pruébalas---- contestó el cerdito, y tiro lejos una manzana.

Mientras el lobo iba a recogerla, el cerdito bajo del árbol y se fue corriendo a su casa.

El lobo furioso, subió al tejado y quiso entrar por la chimenea, pero los tres cerditos habían puesto una caldera de agua al fuego y el lobo cayó en el agua hirviendo.

Los cerditos bailaban de contentos, porque ya podían vivir sin miedo al lobo.

Semana 36

NO ME GUSTA

Autora: Miriam Brodermann Ortega.

Amanda, es la niña más pequeña de la casa. Tiene otros dos hermanos: Alexandra y Carlos, que por ser mayores cuidan mucho de ella; aunque a veces se molestan porque la pequeña es bastante inconforme.

Si sus padres el domingo quieren darles a sus hijos la sorpresa de llevarlos a la playa; mientras Carlos da brincos de alegría, y Alexandra los abraza emocionada, Amanda muy seria dice:

- ¿A la playa? No me gusta embarrarme de arena, prefiero ir al Parque Zoológico.

Si su mamá cocina una sabrosa natilla de chocolate, Amanda quiere de postre un helado de fresa. Cuando su hermano Carlos la invita a jugar a la pelota entonces responde:

- Mi hermano, no me gusta. Mejor jugamos al chucho escondido. Sin embargo, cuando la invitan a esconder el chucho, prefiere jugar a la pelota. Si Alexandra le cuenta un cuento, se escucha la misma cantaleta:

- Mi hermana, no me gusta.

- No sé qué vamos hacer – comentaron una tarde los padres desesperados, tratando de hallar alguna solución. Su abuelita que los estaba escuchando les dijo:

- No se preocupen. Ya verán como Amanda aprenderá.

Pasaron los días y se acercaba el segundo domingo de mayo, el Día de las Madres, y los hermanos comentaban sobre los regalos que harían a su mamá y a la abuela.

- Yo le voy a regalar a mamá un dibujo de lo más lindo que hice en mi círculo, y también le daré un kake- expresó Amanda.

- Está bien –dijo papá- Yo compraré un kake para mamá y abuela.

El domingo bien tempranito en la mañana se levantaron los tres hermanos. En silencio recogieron la casa, y después prepararon para la mamá y la abuela un jugo de mango. Se lo llevaron a la cama junto a los regalos que había comprado papá.

- Hay muchas sorpresas –dijo Carlos- Daremos nuestros regalos por orden de tamaño y como yo soy el mayor daré ahora el mío.

La abuela y la mamá miraban los regalos muy alegres, hasta que le tocó el turno a Amanda. La abuela dijo al recibirlos:

- No me gusta el kake de chocolate, prefiero el de vainilla, y no me gusta el olor de esa colonia. Te lo agradezco Amanda pero no me gusta.

La niña miraba muy seria, su abuela había sido tan feliz con los regalos de sus hermanos. Ahora abrazaba a su mamá y le entregaba su postal y una rosa roja. Su mamá miró el dibujo y después que olió la flor, le dijo a su pequeña:

- Amanda, no me gusta tu dibujo. No sé si eso es un sol o una rueda de carreta. Y no me gusta tampoco el color de esa flor.

La niña miraba a su abuela y a su mamá. No comprendía que estaba sucediendo. Tenía deseos de llorar, de correr, quién sabe cuántas cosas hubiera deseado hacer en ese momento, cuando con su carita triste se marchaba para su cuarto, entonces escuchó una risa contagiosa que la obligó a regresar.

- Te das cuenta Amanda, lo que uno siente cuando te dicen no me gusta. Amanda escuchaba a su abuela sin decir una palabra.

- Ven a mis brazos mi chiquitica preciosa, claro que está bellísimo tu dibujo y la flor. Los dos regalos me gustan, me gustan muchísimo.

La niña abrazó a sus dos amores, y me contó hace unos días Carlos, que Amanda cuando va a decir “no me gusta”, se tapa la boca y sus ojos ríen con picardía.

Semana 38

MIREYA LA VANIDOSA

ADAPTACIÓN: María del Carmen Núñez

Mireya era muy vanidosa y por eso a las niñas y a los niños de la cuadra no les gustaba jugar con ella; y aunque sus padres y abuelos, la veían educada, pues hablaba bajito y les daba siempre los buenos días, fuera de su casa era otra niña.

Cierta tarde, los vecinos de Mireya jugaban a los escondidos, la niña llegó y dijo:

- Salgan todos que no se vale; este niño está contando muy aprisa. Se cuenta así: uno... dos... tres... cuatro...

- Ya llegó Mireya a enseñarnos cómo se juega después que llevamos toda la tarde jugando.

- Nos divertíamos muchísimo pero llegó ella y nos ha echado a perder el juego –protestó Camila.

Así ocurría con los diferentes juegos que sus amigas y amigos disfrutaban:

- ¡Qué disparate! La pelota no se lanza así –decía con insistencia Mireya.

Después se marchaba sin despedirse. Tampoco saludaba a sus amigas y amigos del círculo cuando se los encontraba en la calle; ni se preocupaba por ayudar a los abuelitos a subir una escalera o cuando tenían las manos ocupadas.

Sus amigas y amigos preocupados con Mireya, comentaban de qué manera la niña podía actuar de manera diferente.

A los pocos días hubo una fiesta donde la niña asistió. Allí después de merendar, Elsa, la niña que cumplía años dijo:

- ¿Recitamos? Si quieren les voy a recitar una poesía que me aprendí en el círculo.

- ¿Vas a recitar nada más? –preguntó Mireya.

-Si, después todos podrán participar recitando o cantando. Lo que quieran hacer.

-Pues yo voy a bailar, cantar y a decir adivinanzas- ¡Y quiero ser la primera! –dijo Mireya.

-Está bien, Mireya, serás la primera –dijo el hermano de Elsa- Pero tienes que bailar con los ojos tapados. ¿Sabes hacerlo?

- Claro que sí- dijo la niña- Yo sé hacer de todo y muy bien.

Elsa le vendó los ojos, y su hermano puso la grabadora con una alegre música, y Mireya feliz empezó a bailar.

El hermano de Elsa, susurró a los invitados:

-Sígueme en silencio. Hoy le daremos una lección a Mireya.

Fueron abandonando el salón sin hacer ruido. Pasaron al cuarto de al lado donde empezaron a jugar.

Mientras tanto, Mireya bailaba y cantaba la canción que se hacía escuchar de aquel disco que parecía que nunca se iba acabar.

“-Estoy haciéndolo muy bien y nadie hace ruido observándome sorprendido” –pensaba la muy vanidosa.

Cuando terminó la música, y Mireya se quitó la venda de los ojos se sorprendió:

“-Me han dejado sola”-pensaba muy triste mientras escuchaba a todos como se divertían en el otro cuarto.

Mireya lloró, después se secó las lágrimas y fue a reunirse con los demás. Ella no dijo nada, y sus amigas y amigos tampoco comentaron sobre lo ocurrido.

Pasaron los días y Mireya dejó de ser vanidosa. Ahora sus amigas y amigos disfrutaban muchísimo de su compañía.

Semana 39

CUAQUITO.

ADAPTACIÓN: Mayra Navarro.

Cuaquito era un pato enano. Vivía en una finca rodeado de muchísimos animales.

- Ja, ja, ja –se reía un gallo- ¡Miren qué pato más feo!

- Jo, jo, jo –ríe un pato de gran tamaño -¡Es lo más chiquito que he visto en mi vida!

Tan pequeño era, y tanto se burlaron de él los demás habitantes del campo, que un día, Cuaquito se puso muy bravo y se dijo:

“-Basta ya de aguantar que se burlen de mí. Lo mejor que hago es marcharme a un lugar donde no me vean más.”

Muy triste, Cuaquito se fue. Nadó por el río hasta la otra orilla y anduvo caminando hasta que se encontró con un sapo.

-Señor sapo, -le dijo- ¿Qué puede hacer un pato chiquitico?

- Puedes cuidar estas bolitas, -y le dio tres cositas redondas.

Cuaquito puso las tres bolitas en el agua, dispuesto a no dejar acercarse a los caracoles, ni a los peces. Pasaban los días y el patito cuidaba las tres bolitas. Pero un día...

-¡Señor Sapo, corra! –Gritó Cuaquito asustado- Las tres bolitas se han convertido en pececitos.

- No, Cuaquito –explicó el sapo- No son pececitos, son renacuajos.

-¿Renacuajos!? –Dijo asombrado Cuaquito- Bueno, los cuidaré también.

Poco a poco Cuaquito observó como la cola de los renacuajos se hizo pequeñita, les crecieron patitas y les gustaba además de estar en el agua, coger sol a la orilla del río.

-¡Cuaquito, ven a coger sol con nosotros! –le gritaban.

Pero un día...

-¡Señor Sapo, corra! –Gritó el pequeño patito- Los renacuajos se han convertido en ranitas verdes.

-Eres un buen patito –le dijo el sapo muy agradecido.

Cuaquito no estaba contento; él estaba triste. Pensaba que ahora nadie lo querrá, pues de nuevo se había quedado solo.

- ¡No llores! –Le dijo el sapo- Ya encontraremos quien te quiera y te acompañe.

Entonces las tres ranitas que siempre andaban saltando y jugando, hallaron a una pata enana, que invitaron a su casita. Allí conoció a Cuaquito, y conversaron muchísimo.

A los pocos meses se enamoraron y decidieron casarse. Cuaquito nunca más volvió a estar triste. ¡Ah!, me olvidaba contarles que tuvieron mucho hijos, tan enanitos como ellos dos.